

— ¿Pero se empeñaría V. E. en sacrificar á su hijo?

— Solo en ese caso desistiría de mi empeño.

— Pues bien, don Eduardo se casará con esa señorita, si es cierto que ella le ama; pero en el caso contrario.....

— En el caso contrario no consentiré jamás que se case con una mujer plebeya.

— No se habla de eso, sino de que no insistirá V. E. ni la señora marquesa en el proyecto de las dos bodas.

— Repito que sería una gran desgracia que por semejante motivo se frustraran mis planes.

— ¿Quién sabe? lo cierto es que don Eduardo no puede raciocinar con mas juicio.

— No le oigo pronunciar una sola palabra — replicó el duque mirando con altanería á su hijo.

— He dicho antes que jamás ha sido mi ánimo ofender á usted — dijo con emocion el duquecito — y mi mayor satisfaccion sería ver á usted feliz.

— Pues bien — repuso con solemne gravedad el padre — tu conducta me acreditará la sinceridad de tus palabras.

— Haré lo que usted disponga.

— Bien, Eduardo... Si te portas como buen hijo, no seré yo menos generoso. Jamás ha sido mi intencion sacrificarle..... Asegurémonos si Elisa es ó no digna de tí. Si lo es, debes acordarte de las ventajas que este matrimonio te proporcionaria; si no lo es... repito que no trato de sacrificarle. Esta noche iré yo solo á casa de la marquesa, y daré comienzo á mis investigaciones.

— ¡ Viva! — gritó Ambrosio batiendo las palmas de alegría. — Eso se llama proceder con toda cordura. Solo falta el sello de la reconciliacion. Abra V. E. esos brazos, señor duque.

El duque entendió la indicacion del criado y no se hizo de rogar. Apenas vió don Eduardo abiertos los brazos de su padre, lanzóse á ellos y confundieronse entre sollozos estas tiernas exclamaciones:

— ¡ Padre!

— ¡ Hijo mio!

El viejo Ambrosio lloraba de alegría.

Después de la escena que acabamos de narrar, deslizóse felizmente el

dia en el palacio del duque de la Azucena , porque todos experimentaron los efectos de un bálsamo delicioso... porque la esperanza es el bálsamo del corazón.

Mientras el duquecito y Ambrosio creían que una vez convencido el duque de que la marquesita no era digna de ser esposa de don Eduardo, acaso no les sería difícil vencer poco á poco fanáticas preocupaciones , lisonjeábase el duque de que con el auxilio de la marquesa lograría reconciliar á los prometidos esposos.

Con esta nueva ilusión se dirigía el duque de la Azucena , á las diez de la noche , al palacio de la marquesa de Verde-Rama.





CAPITULO IX.

FRUTOS DE UNA MALA EDUCACION.

Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrilego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

MORATIN (D. Leandro.)

Cuando el duque de la Azucena llegó al palacio de la marquesa de Verde-Rama, quedóse algo sorprendido al ver que, sin ser noche de sarao, estaba en familiar conversacion con aquella señora y su hija el conde del Llano; y aunque después de los saludos de etiqueta, rodó la conversacion general sobre asuntos indiferentes, no dejó de observar las espresivas mira-

das de reciproca inteligencia que los dos jóvenes se cruzaban.

—Hoy está la noche hermosa.... casi hace calor.... —esclamó Elisa.

—Puedes abrir el balcon —repuso la marquesa.

Parecia que madre é hija habianse comprendido. Elisa abrió una de las hojas, y con coquetería asaz romántica esclamó:

—¡ Oh ! ¡ delicioso ! ¡ delicioso ! El melancólico resplandor de la luna es pintoresco. Venga usted, conde.... ¡ Mire usted qué espectáculo tan magnífico !

—Ya es hora de que la primavera ostente sus galas —dijo el conde del Llano dirigiéndose al balcon. — El mes de abril es el mas hermoso del año, y hasta ahora ha estado el tiempo tan crudo como en diciembre.

Una vez los dos jóvenes en el balcon, quedaron solos en la sala el duque y la marquesa.

—¿ Qué es esto, amiga mia ? —preguntó el duque manifestando asombro.

—Tiene mucho talento Elisa —respondió sonriéndose la marquesa.

—Será así; pero es lástima que le emplee tan mal.

—No entiendo esa frase. ¿ Con que hace Elisa mal uso de su talento porque nos deja solos.... porque nos quita del lado un testigo impertinente para que podamos hablar de nuestro amor ?

—No es esa la intencion de Elisa.

—¿ Cómo que no ?

—No señora.... Lo que Elisa ha hecho es huir de dos testigos impertinentes para poder hablar de amor con el conde.

—¡ Duque !

—Ya es indispensable hablar con toda franqueza, amiga mia. Continuamente se me queja usted del proceder de Eduardo.

—Y con mucha razon. ¿ Cuántos dias hace que no se digna favorecernos con sus visitas ?

—Desde que ha notado la veleidad de su hija de usted, y si no enmienda Elisa tan sospechosa conducta, dudo mucho que nuestro proyecto llegue á realizarse.

—¿ Qué hay de reprehensible en la conducta de Elisa ?

—Su coquetería.

—Duque, yo no puedo consentir que se hable en esos términos de mi hija delante de mi. ¿ A qué llama usted coquetería ?

—Al agrado con que recibe los galanteos de todos los jóvenes.

—Eso es propio de la esmerada educacion que ha recibido.

—No me refiero á la modesta amabilidad con que una jóven bien educada debe hacer ostentacion de sus finos modales; pero cuando esta amabilidad aparece sin el hermoso velo de una candorosa timidez, cuando la jóven que ha elegido ya el hombre que ha de ser su esposo, no solo se complace en admitir los atrevidos galanteos de otro pretendiente, sino que le alienta con afectuosas miradas, preciso es confesar que nada tiene de laudable este proceder.

—Otras veces hemos tenido esta enojosa cuestion, y es usted en ella tan injusto, amigo mio, que por defender á su hijo no repara en zaherir á la inocencia de Elisa, de una cándida niña que está muy lejos de merecer las inculpaciones con que usted se permite calumniarla.

—Tanto nuestra antigua amistad, como la gravedad del asunto en cuestion, exigen, mi buena amiga, que hablemos con toda franqueza.

—Ni la franqueza ni la amistad autorizan á nadie á amancillar acrisoladas reputaciones.

—Nadie respeta como yo la reputacion de una jóven que apetezco sea esposa de mi hijo, pero por lo mismo que este es mi deseo, sentiria no verle felizmente coronado.

—No será muy ardiente ese deseo, cuando al paso que tan severo se muestra usted con la pobre Elisa, defiende y aplaude el chocante desprecio con que nos trata Eduardo.

—Bien, muy bien.... no me he de incomodar por cuanto usted diga contra mi hijo, aunque crea yo sin embargo que está la razon de su parte; pero en cambio exijo que me escuche usted con la misma calma. Es menester hablar con toda claridad en asunto de tanta trascendencia, y no por eso hemos de alterarnos. Usted sabe muy bien, amiga mia, que cifro toda mi dicha, toda mi ambicion en los casamientos que tenemos proyectados, porque espero de ellos el porvenir mas grato y consolador; pero los hermosos vínculos de los cuales manan, á lo menos para mí, tan halagüeñas esperanzas, no podrán realizarse, si, como he dicho á usted otras veces, no procuramos que se efectúe pronto, muy pronto, una sincera reconciliacion entre Elisa y Eduardo.

—¿Qué ha de hacer Elisa? ¿Querrá usted que salga de casa en busca de su amante?

— ¡Oh! no.... de ningún modo. Me contentaría con que fuese menos amable con cuantos jóvenes rinden galanteos á su hermosura. Suponga usted que hubiera venido esta noche Eduardo , y hubiera visto lo que yo.

— ¿Ha visto usted alguna accion vituperable?

— Si no se ha de enojar usted , hablaré con la franqueza de un buen amigo.

— Lo deseo , lo exijo así — exclamó con imperio la marquesa.

— Pues he visto que entre Elisa y el conde del Llano cruzábanse espresivas y tiernas miradas , acompañadas de cierta sonrisa , que solo se puede definir como prueba evidente de amorosa inteligencia.

— Son delirios de su fantasía de usted.

— Como usted guste , marquesa ; pero cuando lo que he visto me hace delirar de ese modo.... á mí , que no soy el enamorado de Elisa , ¿ qué efecto hubiera producido en Eduardo ? Ponderando el talento de Elisa , que yo soy el primero en reconocer , así como las demás bellas prendas que atesora , me ha dicho usted antes que salian al balcon para dejarnos el campo libre. No soy de su parecer de usted ; y lo que yo creo es que se han separado de nosotros para poder hablar con toda libertad.

— Ese lenguaje....

— Es el de un verdadero amigo , marquesa , el de un hombre que ambiciona la dicha de ser en breve digno esposo de usted. Porque la amo sinceramente , porque anhelo que nuestros lazos lleguen á ser indisolubles , desearia que no despreciára usted mis consejos. ¿ Conoce usted bien al conde del Llano ?

— Tiene fama de tronera , y tuve un disgusto cuando me le presentaron.

— Es un tronera en efecto ; pero tronera de la peor índole , es el Lowelace de la moderna sociedad.

— En cuanto á eso no replicaré á usted. He oido contar mil aventuras que le hacen muy poco honor.

— Aventuras detestables , escándalos inauditos de los cuales han surgido siempre inocentes víctimas. ¿ Permitirá usted que la incauta Elisa aumente el catálogo de ellas ?

— ¿ Y qué debemos hacer para evitarlo ? — preguntó azorada la marquesa , á quien habian causado profunda impresion las últimas palabras del duque.

— Nosotros nada; Elisa debe hacerlo todo.

— ¿Pero de qué manera?

— Hablándole con toda claridad. Usted no dude, marquesa, que el conde del Llano se ha hecho introducir en esta sociedad con siniestras intenciones. Él no frecuenta casa alguna donde no siembre el llanto y la deshonra.

— Me asusta usted, duque.

— Es preciso alejar de aquí á semejante libertino.

— ¿Pero cómo?

— Haciendo ver á Elisa el peligro que corre si no le da un formal desengaño. Bastará que le diga que no puede ya ni podrá nunca amarle, porque ama á otro.

— ¿Y será eso suficiente para alejar á ese hombre de mi casa?

— Yo creo que sí, porque siendo sus acciones hijas del capricho y no del amor, no querrá insistir ni molestarse en vencer un imposible. Con este motivo sería bueno que diera usted algunos consejos á Elisa para que variase de conducta....

— Lo haré, lo haré, duque — balbuceó la marquesa.

— ¿Qué tiene usted, amiga mía? — le preguntó el duque notando que había palidecido y estaba como impaciente.

— Nada; pero no me gusta que esté Elisa con ese hombre á solas. ¡Elisa! ¡Elisa! — gritó la marquesa.

— ¿Qué se ofrece, mamá? — respondió la jóven.

— Que te puede hacer daño el relente.

— ¡Si hace una noche tan hermosa!

— ¡Vamos! — exclamó la marquesa con enojo, — no quiero que estés mas en el balcon.

Era demasiado terminante este mandato para que dejase de ser obedecido. Elisa y el conde del Llano ocuparon los mismos asientos que antes, y la conversacion se hizo general, girando sobre diferentes objetos, que no tenían el menor atractivo para ninguno de los personajes que tomaban parte en ella. Si este lenguaje era para todos insípido, reinaba otro al mismo tiempo que cautivaba el interés de los cuatro interlocutores; tal era el lenguaje de los ojos. El conde y Elisa prodigábanse mas que nunca sus amorosas miradas, creyendo como todos los enamorados, que nadie se apercebía de ellas; pero á cada una que se cruzaban, encontrábanse tambien los ojos de

la marquesa y el duque, como si se dijeran: «ya lo he visto.»

A media noche retiráronse el duque y el conde á sus respectivas moradas, y á penas quedaron solas Elisa y su madre entablóse entre ellas el coloquio siguiente:

—¿Sabes, Elisa, que no me gustan las visitas del conde del Llano?

—¿Por qué razon, mamá?

—Porque es un libertino muy desacreditado en Madrid por sus calaveradas.

—¿Quién le ha dicho á usted eso?

—Hace mucho tiempo que tengo noticia de sus proezas. Todos hablan mal de él.

—En Madrid hay muchos envidiosos, cuya diversion es zaherir á las personas de mérito. El conde del Llano es un jóven muy rico; esta misma noche me ha hecho una franca relacion de su inmensa fortuna, de sus títulos, de su brillante posicion social; y nada tiene de estraño que unidas estas ventajas á su elegante figura y distinguidos modales, esciten la envidia de mas de cuatro....

—¡Hola! ¿parece que tomas su defensa con algun interés?

—Porque mil veces he oido á usted misma quejarse de las intrigas y chismes de la córte, suponiendo que no hay persona honrada cuya reputacion esté al abrigo de los tiros de la maledicencia. Cuando yo, por ejemplo, le refiero á usted ciertas anécdotas que se cuentan por ahí.... y hacen muy poco favor á Eduardo, me responde usted siempre que no hay que hacer caso de ridiculos chismes, porque hay en Madrid lenguas viperinas cuya mayor satisfaccion es introducir la discordia en las familias.

—Los que hablan mal del duquecito le calumnian seguramente. Es un jóven de muy bellas prendas, de gran talento, generoso, amable, benéfico.....

—Muy benéfico sin duda; pero precisamente de los actos de su beneficencia es de lo que mas se habla, porque da la casualidad que solo es compasivo con las mujeres desvalidas.

—Elisa, ahora no hablamos de Eduardo sino del conde. Te repito que es un libertino porque lo sé positivamente, y no puedo permitir que semejante sugeto siga frecuentando esta casa.

—Usted hará lo que guste, mamá; pero su modo de producirse es de

un jóven bajo todos conceptos juicioso y honrado.

—Dime la verdad, Elisa ¿nada te ha dicho de amores?

—¿De qué amores?

—¿No te ha dirigido algun galanteo?

—¿Qué sé yo? ¡Me pregunta usted unas cosas!....

Y bajando la vista como ruborizada entreteníase Elisa en componer maquinalmente los pliegues de su vestido.

—Pues yo sé que te ha hecho una declaracion amorosa —prosiguió la marquesa.

—¡A mí! —esclamó Elisa con notable turbacion, y no se atrevió á desmentir á su madre, recelosa de que habria oido su amoroso coloquio con el conde del Llano.

—Sí, Elisa —añadió en tono de reconvencion la marquesa — el conde te ha dicho que te ama, y te ha ponderado su fortuna, sus titulos, lo distinguido de su posicion social, para hacerte ver que es digno de tí; pero aun cuando ese amor fuese verdadero, aun cuando el conde del Llano fuera un caballero pundonoroso, no daria yo nunca mi consentimiento para que fueras su esposa. Sabes que debes serlo del hijo único del duque de la Azucena.

—Eduardo no me ama —respondió tristemente Elisa.

—Eduardo te ama; pero está justamente quejoso de tí, y quiere hacerte conocer su resentimiento por medio de un desden fingido. Este suele ser un recurso de todo amante celoso, y los celos solo germinan donde hay amor.

—¿Tiene celos, y hoy es la segunda noche que nos ha visitado el conde?

—Es que no tiene celos precisamente del conde, sino de otros muchos jóvenes.

—Eso es hacerme un agravio que usted misma no debiera tolerar.

—Estoy muy lejos de culparle, porque veo que tu conducta, Elisa, es muy reprehensible. Estás en vísperas de casarte, y en semejante posicion no está bien que una jóven de juicio admita con agrado los obsequios de cuantos hombres quieran galantearla.

—Usted me ha dicho siempre que la amabilidad es una de las joyas mas preciosas de la mujer.

—Pero todo tiene su justo medio, hija mia. Yo no quiero que seas adusta ni faltes á los principios de buena educacion; pero de esto al exceso de

amabilidad con que hoy mismo has halagado las esperanzas del conde, vá una distancia inmensa.

— ¿Pues qué le he dicho yo al conde?

— La amabilidad no está solo en las palabras, y una mirada espresiva, una sonrisa imprudente, bastan á veces para abrir á las incautas el camino de la deshonra. Acabemos, Elisa — añadió con solemne ademán la marquesa: — aun cuando por motivos inesperados ocurriera la desgracia de que el hijo del duque de la Azucena renunciara á tu mano, jamás serás esposa de un libertino.

— Siempre me allanaré á los deseos de usted, mamá — repuso con gatzmoñería la mal educada jóven al ver el enojo de su madre. — ¿Qué desea usted que haga?

— Es preciso alejar de esta casa al conde del Llano.

— Pero eso...

— Eso debes hacerlo tú.

— ¿Pero cómo, mamá?

— Dándole un terminante desengaño, haciéndole perder toda esperanza de ser correspondido, declarándole que estás enamorada del duquecito, con quien te vas á casar dentro de poco.

— Yo no estoy enamorada, mamá.

— Pues debes estarlo desde hoy — gritó con enojo la marquesa. — Yo lo mando.

La cólera de la madre era tan marcada, que atemorizó á la hija hasta el punto de hacerla temblar y prorumpir en llanto.

— Tus lágrimas no me conmueven en este momento — añadió la marquesa: — me irritan porque veo que son hijas de tu terquedad.

— Yo... — murmuró Elisa.

— Tú has de obedecer á tu mamá, si no quieres que te mande otra vez al colegio, ya que olvidas los deberes de una buena hija. Si en lugar de algunos meses hubieras estado allí años enteros, no me replicarías ahora.

— Yo no replico, mamá, — dijo Elisa enjugándose las lágrimas.

— Pero no te veo dispuesta á declarar al conde que estás enamorada del duquecito... que deseas casarte con él... y que todo está ya preparado para tus bodas.

— ¿Y estará usted contenta si le digo todo eso?

— Si le dices eso , y cambias de conducta .

— No tengo mas deseo que complacer á usted en todo , mamá .

La niña vencía ya á su madre en coquetería , y con sus zalameras contestaciones logró engañarla .

— No esperaba menos de tí , hija mia — exclamó la incauta madre , y después de abrazar afectuosamente á su hija , continuó : — Nada mas tengo que añadir á lo que acabo de decirte . Si he sido algo severa contigo , ya conoces que es en beneficio tuyo , y estoy segura de que mas adelante me lo agradecerás .

— Ya sé yo que me quiere usted mucho , mamá , y voy á esmerarme para darle á usted gusto en todo .

.

A las altas horas de la noche escribía la veleidosa Elisa una carta al conde del Llano concebida en estos términos :

« Señor conde : mamá sabe que usted me ama , y no solo persiste en casarme con el hijo del duque de la Azucena , á quien odio , sino que acaba de mandarme le dé á usted un desengaño que le aleje para siempre de esta casa . Me apresuro á darle á usted esta fatal noticia para que en el momento de recibirla se dirija usted sin dilacion á la calle de los Reyes donde estará aguardándole la dadora de la presente , doncella de toda mi confianza , quien por una puerta secreta introducirá á usted en el jardin de casa , donde le espero con la impaciencia del amor . Tenemos mucho que hablar . Nuestra posicion es crítica . Conde , tengo orgullo en confesarlo : le amo á usted con delirio ; y si son ciertos sus juramentos de anoche , no es posible que usted abandone en tan críticos instantes á la desventurada

ELISA . »

.

Nos es sumamente sensible el tener que presentar como tipo odioso á una jóven hermosa y dotada de natural talento ; pero el deseo de moralizar á la sociedad poniendo en evidencia todos sus vicios , nos hace trazar el repugnante cuadro de una madre casquivana que tolera y aun aplaude la coquetería de su hija , porque vé en ella ciertas gracias , cierta travesura que forman el fiel trasunto de la conducta de mamá .

La marquesa de Verde-Rama habia adquirido gran celebridad en la corte, no solo por su elevada alcurnia y estremada belleza, sino por su maestría en intrigas amorosas. Era el mejor modelo de las coquetas, y este modelo, verdaderamente encantador en la apariencia, habia estado siempre ante los ojos de Elisa. Esta bella criatura, mimada hasta un extremo ridiculo, y sin mas educacion que el cultivo del arte del tocador y las lecciones de voluptuosa elegancia que de su mamá recibia, ansiaba ya desde los tiernos años que preceden á la candorosa edad de la adolescencia, el feliz momento de representar en sociedad el brillante papel con que su madre parecia descollar sobre todas las beldades madrilenas.

La madre habia llevado siempre grande escolta de adoradores en pos de sí, habia sido la protagonista de escenas románticas en demasía, habia siempre triunfado en mil amorosas intrigas, y no ocultaba ni disimulaba su incauto proceder, ni delante de su marido, á quien tuvo vergonzosamente amilanado, ni delante de la hija cuya malicia con tanta imprudencia despertaba.

¿Será inverosímil que con los ejemplos de tan desmoralizada madre, sea Elisa, y acaso sin saberlo, ni tener el corazon dañado, una coqueta de mala índole, dispuesta á los mayores extravíos? No por cierto. Lo extraño fuera que las amorosas conquistas de la madre y el verla entronizada cual reina del *buen tono*, entre los inciensos de un inmenso séquito de amantes aduladores, no atizáran la ambicion de la hija. Esta seguia, pues, la misma senda que su mamá, sin que ningun género de reconvencion hubiese nunca sido obstáculo á su coquetería, porque la marquesa miraba con placer el talento de la niña, sus progresos en el arte de agradar á los cortesanos, y de lucir su amabilidad, su elegancia y hermosura, y lejos de desaprobar que prodigase lisonjas á todos sus galanteadores, holgábase de ello, hasta que fué justamente reprendida por el duque de la Azucena. Solo en este último trance conoció la marquesa que era preciso afear la conducta de su hija; pero ¿qué caso ha de hacer una hija mal educada de las amonestaciones de una madre que predica una moral diversa de la que ella sigue? Reirse interiormente, conocer que no hay mas que hipocresía en los maternales consejos, y pagarles con igual moneda. Así lo hizo Elisa, porque no puede producir mas que frutos amargos toda educacion viciosa, porque los extravíos de los padres hallan siempre su espiacion en los sinsabores que sus hijos les proporcionan.

¡ Cosa singular ! El duque de la Azucena y la marquesa de Verde-Rama recobran la esperanza de una reconciliación entre Elisa y don Eduardo, precisamente cuando surgían nuevos obstáculos que amagaban hacer fracasar todos sus planes. Mientras escribía Elisa al conde del Llano, don Eduardo velaba pensando en su adorada Enriqueta.

Pasemos al dormitorio del enamorado joven.





CAPITULO X.

EL LECHO DE ROSAS.

Hacer acaso sobre un olmo un nido
A dos tórtolas vi en esta ribera,
Con ellas el amor entretenido.

BALBUENA.

Emborca a taça do prazer supremo,
E a largos sôrvos deleitosa bebe
O doce nectar, que sómente os numes
Avidos libam.

GENTIL.

Antes de que el duque de la Azucena regresára á su palacio, habiase encerrado en su aposento el duquecito, alegando que el sueño le vencía, y encargó al viejo Ambrosio que por ningun motivo se le despertára, con intencion de evitar una visita del duque, que probablemente hubiera dado márgen á hablarle de Elisa, conversacion enojosa para el amante de Enriqueta.

Abismado en graves meditaciones, logró en efecto, que nadie le interrumpiera, y parecia que sin apercibirse de ello, deslizábanse las horas con

prodigiosa velocidad. Tres argentinas vibraciones vinieron de repente á sacarle de su éxtasis, y fijando la vista en el disco del reloj, exclamó con alegría :

— Las tres... solo faltan dos horas escasas para que nazca el día. Si pudiera dormir... no me atormentaría tanto la ansiedad de llegar al momento apetecido. Tal vez no despertaría hasta la hora de poder visitar á Inés. Esto sería una gran ventaja... Además, necesito descanso...

Y diciendo esto aligeróse de ropa el duquecito, y se tendió en la cama sin quitarse el pantalón, como si tratara solo de satisfacer ligeramente el sueño de una siesta.

— ¡Candorosa niña! — decía para sí don Eduardo pensando siempre en Enriqueta. — ¡Cuánto debe sufrir! No me queda duda alguna de que me ama... Su bello corazón, no azeado á la falsía que germina en los palacios, es un corazón de ángel, es el asilo de la inocencia, el adorable albergue del candor, el santuario de la virtud. El hálito que respira es puro como las brisas de abril, sus palabras exhalan el aroma de la virginidad, mas grato que el perfume de las flores. Sus labios de púrpura no pueden arrojar nunca la ponzoña de la mentira..... ¡Y me ha dicho que me ama! ¿Deberé dudarle? ¡Oh! no, de ningún modo. Enriqueta dice lo que siente... No ha recibido lecciones de hipocresía en el gran mundo..... no se ha educado en la escuela del buen tono... y esto es precisamente lo que á los ojos de la insana preocupacion la hace indigna de ser mi esposa. Enriqueta es una vírgen sin malicia, que no ha respirado mas ambiente que el del hogar paterno, el ambiente vivificador que reina bajo el humilde techo de una familia artesana; pero es pobre... es plebeya... y la sociedad mira con desprecio todas las virtudes, todos los talentos, toda la gloria que se cobija en una pobre morada. En vano germina allí la hermosura, en vano se ostenta el honor, en vano se practica la sana moral, en vano se ejerce el talento... todo merece el desden de los magnates. Para ellos sería una deshonra emparentar con un artista de mérito. Sus hijos no deben contraer matrimonio con la hija de un honrado pintor, mas que sea una criatura angelical, modelo de perfecciones. Su loca vanidad creeria amancillar sus blasones con semejantes vínculos, y acogen con la sonrisa de insolente desprecio toda idea de amalgama entre seres para ellos de tan opuestas condiciones, y que sin embargo Dios y la naturaleza han hecho iguales al nacer lo mismo que al morir. ¡Insensatos! ¡Despreciais

la virtud porque es pobre, y abris las puertas de vuestros marmóreos alcázares á la prostitucion y al crimen con tal de que se os presenten rodeados de oropes y haciendo alarde de inmensos tesoros y títulos estravagantes que ha inventado el orgullo necio y pueril que os avasalla! ¿Y deberé ser yo tan pusilánime que me degrade hasta el estremo de acatar vuestras bárbaras leyes? ¡Imposible! Antes que vosotros es Dios... Dios recomienda la virtud y anatematiza vuestra inicua altivez. Dios me indica la senda que debo seguir. Yo no veo mas que hermanos entre todos los hombres. Esas calificaciones de pobres y ricos, de nobles y plebeyos, no tienen para mí significado alguno. Una virtuosa criatura, de mil encantos dotada, me ha dirigido estas palabras consoladoras: «YO TE AMO.» ¿Y sois tan imbéciles que pensais hacerme insensible á este dulce y evangélico acento, porque lanzais de continuo el alarido feroz de «¡ODIO Á LA PLEBE!» Yo aborrezco solo á los opresores de la humanidad, á los que pretenden erigir su trono sobre la postracion de sus semejantes; pero la inocencia y la virtud ocuparán siempre un lugar predilecto en mi corazon, en este corazon avasallado por los hechizos de una pobre plebeya. ¡Enriqueta mia!... ¡Idolo de mi alma! Yo tambien te amo... te adoro... te juro fidelidad eterna. Dentro de breves horas tendré noticias tuyas, merced á la amabilidad de Inés. ¡Qué buena es esta pobre mujer!... ¡Siempre juntas la bondad y la pobreza!..... Ella me sacará de ansiedad..... ella me dirá si es verdad que Enriqueta me ama... ¿Y me atrevo á dudarlo? Perdona, bien mio, no debo ofender tu candor con indignas dudas. Aguardo impaciente el feliz momento de ver á Inés, porque sé ya las palabras de consuelo que voy á oír de su boca. Me dirá que me amas, hermosa de mi vida..... me dirá que tu pasion es mas vehemente desde que se han levantado obstáculos á nuestro amor... me dirá que sufres la mas acerba tortura desde que nos han prohibido vernos..... Esto me dirá Inés, porque esto es lo que á mí me pasa, y tu tierno corazon debe sentir lo que siente el mio. Gracias, Inés..... gracias por los afanes con que trata usted de consolar mi afliccion. Hábleme usted siempre de Enriqueta.... tráigame usted noticias de Enriqueta... Repítame usted que Enriqueta me ama... esto me basta para ser feliz... ¡Qué digo!..... Feliz ¡ay! no puedo serlo ínterin se oponga mi padre á que sea yo esposo de la única mujer que ha cautivado mi amor. Si mi padre se obstina en casarme con la hija de la marquesa... ¡Dios mio!... me será imposible obedecerle..... y en este caso..... sin mas proteccion que la de Inés.....

¿Qué puede hacer una desvalida..... un ente misterioso á quien insultaba el vulgo con el epíteto de *Bruja*?... ¡*Bruja*!... Y el mismo Ambrosio me aseguró que lo es. Dicen que lo adivina todo... Si esto fuera cierto... me hubiera vaticinado mi porvenir. ¿No lo ha hecho ya? ¡Espantoso recuerdo!... Un día..... sus fatídicos pronósticos helaron mi sangre... «Un hijo desobediente (me dijo) se acarrea la maldicion de su padre, y esta maldicion horrible es siempre el prelude de inauditas desventuras.» ¿Por qué protege ahora mi amor?..... Tambien ama á la encantadora Enriqueta; pero no la ama como yo... como yo..... es imposible..... Nadie..... nadie en el mundo es capaz de amarte con tanta vehemencia... Enriqueta mia... ídolo de mi alma... te adoro como á mi madre...

Y pensando en su madre y en Enriqueta, quedóse el enamorado jóven profundamente dormido.

Una escena ilusoria vino entonces á turbar su pacífico descanso. Trasladado en alas de su ardiente fantasia á una region maravillosa, vió de repente que el cielo se rasgaba y se desprendia de un magnífico resplandor una bel-
dad peregrina. Esta aparicion angélica, fué descendiendo magestuosamente cual cándida paloma, hasta posarse sobre un lecho de flores.

Atónito el tierno doncel en presencia de tan magnífico espectáculo, contemplábale en éxtasis de júbilo y veneracion sin atreverse á desplegar los labios por temor de empañar con su aliento la gloriosa aureola que circuia aquel destello de la Divinidad, cuando oye con asombro que la celeste aparicion le dirige estas dulcísimas palabras:

—Hijo mio, vuela á mis brazos.

—¡Madre! ¡madre mia!—gritó con santo fervor el duquecito, y lanzándose á los brazos de su madre, derramó copiosísimo llanto de placer.

—Sí, Eduardo... hijo de mis entrañas, Dios me envia para hacerte feliz.

—Lo soy, madre adorada, lo soy en este delicioso momento. Las caricias de una madre llenan el corazon de frescura, como el rocío que cae del cielo sobre la corola de una flor dá viveza á sus matices.

—¿Qué apetece en este mundo, Eduardo?

—Un tesoro que me niegan las preocupaciones de la sociedad.

—Ese tesoro será tuyo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Será posible?

—¿Ves esa angosta senda entoldada por las verdes ramas de los abetos?

—Sí, madre mía.

—Pues ella conduce al templo de la fortuna. A la derecha del templo hay una gruta rodeada de mirto, rosas y jazmines, es la gruta del amor.

—¿Y he de entrar en ella?

—No, hijo mío; bastará que arrojes dentro esta flor de azahar para que se te presente la cándida virgen á quien amas.

—¿Enriqueta?

—Sí, esa jóven que corresponde tiernamente á tu cariño. Acompáñala hasta aquí, donde os aguardo para daros mi bendicion.

Eduardo no pudo contener su impaciencia, y después de abrazar cariñosamente á su madre, que dió un tierno beso en la frente del enamorado jóven, voló impelido por su amorosa ansiedad á la gruta del amor. Tiró dentro de ella la flor de azahar, y vió salir como por ensalmo á Enriqueta, mas donosa y adorable que nunca.

—¡Eduardo! — exclamó llena de júbilo la candorosa niña.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta! — gritó á su vez loco de contento el duquecito. — Eres mía por fin y nadie te arrancará ya de mi lado.

Al decir esto besaba don Eduardo la mano de su amada con frenética exaltacion.

—¡Qué dices, Eduardo!

—Que mi madre nos aguarda para darnos su bendicion.

—¡Tu madre!

—Sí... Dios nos la envia para protejernos. Sígueme, adorada mía.

—Dios no puede proteger mi amor.

—¿Por qué causa?

—Porque no tengo el consentimiento de mis padres, á quienes de ninguna manera me es lícito abandonar.

—No se trata de abandonarles, sino de hacerles felices.

—La hija que se desvia de los paternales consejos no puede labrar la dicha de sus padres.

—Los tuyos aprobarán nuestra union cuando hayas recibido la bendicion de mi madre. Sígueme, Enriqueta.

—No es posible.

—Me asesinas con tu resistencia.

—Es hija de mi deber.

—Yo no trato, hermosa mia, de amancillar tu honor..... Quiero hacerte mi esposa.

—Contra la voluntad de tu padre y el mio.

—Tengo el consentimiento de mi madre... Sigueme por piedad.

—No debo.

—¿Me amas?

—Mas que á mí misma.

—¿Pues qué te detiene entonces, amor mio?

—El honor.

—Te repito que no le empañará la menor mancilla. Lejos de esto recibirá un bautismo celeste con la bendicion de mi madre. Ven, hermosa mia, ven conmigo.

—¿A dónde?

—A buscar nuestra dicha.

—No hay dicha para mí sin el beneplácito de mis padres. No, Eduardo, no debo seguirte.

—¡Y dices que me amas!

—Porque te amo quiero ser digna de tí, y no lo fuera si me apartára de la senda de la virtud.

—Yo no quiero tampoco inducirte á desviarte de ella.

—¿Qué pretendes pues?

—Que me sigas solo para recibir la bendicion de mi madre. Nos aguarda impaciente muy cerca de aquí.

—Tu padre y el mio nos tienen prohibido el hablarnos.

—Depon todo recelo... Ellos consentirán en nuestra union cuando vean nuestra frente esplendorosa con la aureola de la bendicion maternal. Sígueme.

—No, de ningun modo.

—Enriqueta —murmuró don Eduardo con amargura— tú no me amas.

—Te adoro, Eduardo; pero...

—Si eso fuera cierto, no te opondrias al primer paso de nuestra felicidad.

—Veo en ese paso un desliz que puede conducirnos á un abismo.

—No lo creas, bien mio. Mi madre nos aguarda para inaugurar nuestro próspero porvenir. ¿Puedes imaginar que trate yo de emponzoñar tu preciosa existencia? ¿Desconfías de mí?

—No, Eduardo mio, no.

—Pues sígueme, adorada prenda... sígueme sin recelo.

—¡Eduardo!

—¿Qué temes, paloma mía?

—Me alejo de mis padres...

—Volverás á verles, embellecida con la bendicion de un ángel. La mano, Enriqueta... la mano.

—Toma, bien mio... ¿Quién resiste á las súplicas del ídolo de su amor?

Y asidos de la mano, volaron los dos amantes hácia el lecho de rosas donde habíase posado la celeste aparicion; pero ya nadie habia en él.

—¡Dios mio!...— exclamó el duquecito.

—¿Qué tienes, Eduardo?— preguntó con adorable dulzura la cándida jóven.

—Aquí estaba mi madre. Sin duda se habrá alejado por breves momentos. Siéntate á mi lado sobre este florido lecho. Cuando mi madre vuelva nos hallará juntos y nos bendecirá.

—Tus deseos son siempre los míos, Eduardo. ¡Siento en mi alma un placer tan dulce cuando te obedezco!...

Los dos enamorados sentáronse en el lecho de rosas, y se sintieron de repente inflamados de toda la fiebre de amor.

—Enriqueta mía— balbuceó conmovido el jóven duque— todo convida á amar en este ameno sitio.

—¡Ay Eduardo!

—¿Qué tienes, bien mio?

—No sé... mi corazón palpita deliciosamente.

—El mio también... ¡Es tan dulce estar junto al objeto que se ama!

—Mira, Eduardo, ese árbol corpulento...

—Nos favorece con su benéfica sombra.

—¿No reparas lo que hay en la espesura de sus ramas?

—No.

—Míralo bien.

—¡Bendito sea Dios! Ya veo lo que ha llamado tu atención, Enriqueta.

Es un nido de tortolillas.

— ¿No ves como se arrullan?

— ¡Y aletean de gozo!... ¡Y se tributan mil caricias!

— ¡Qué felices son!

— El amor las hace felices.

— Sí, se aman como nosotros ¿no es verdad, Eduardo?

— Viven para acariciarse eternamente. ¿Y por qué no hemos de gozar nosotros los deleites del amor? El amor nos convida... *Bebe, ídolo mio, bebe en la copa del placer supremo, el dulce néctar que solo los mismos dioses liban con avidez.*

— ¡Eduardo!

— ¿Por qué huyes de mis amantes brazos, Enriqueta? Mira esas tiernas tortolillas... En ellas no hay esquividad... y por eso viven dichosas. ¿Por qué no imitamos su ejemplo?

— ¡Dios mio!

— ¿Enriqueta, qué tienes?

— Una tortolilla se ha lanzado fuera del nido.

— Es verdad.

— Y vuela con recelo.

— Será jovencita aun.

— Hace mal en abandonar el nido de sus padres. ¡Ay!..... Huyamos, Eduardo, huyamos.

— ¿Por qué razón?

— Huyamos.

— Has perdido tu hermoso color... ¿Qué te sucede, Enriqueta?

— ¿No la ves?

— ¿A quién?

— A esa serpiente que se arrastra por el suelo.

— Es verdad... Y está ya cerca del árbol...

— Huyamos...

— Escóndete detrás de mí, y nada temas, bien mio.

— Es monstruosa... Mira, Eduardo, como se enrosca en el tronco del árbol. ¡Dios mio!... tiemblo de miedo.

— Sosiégate, prenda mia.

— ¡Ay!

— ¿Qué ha sido ?

— ¡ Desgraciada !

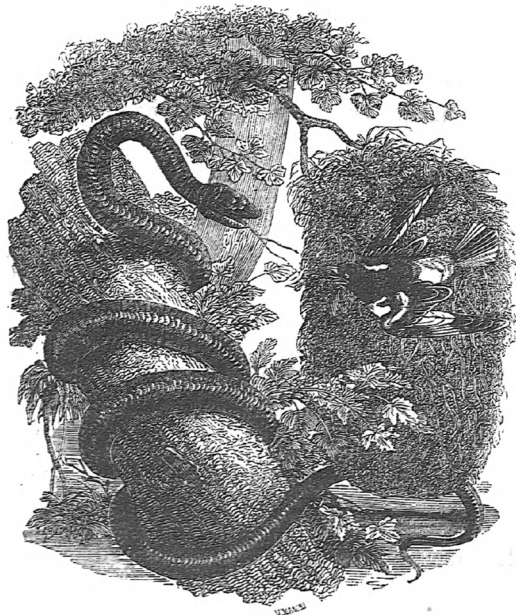
— ¿ Quién ?

— La tortolilla que á penas puede volar..... Abandonó el nido de sus padres y vá á ser víctima de ese monstruoso reptil...

Don Eduardo quiso gritar y no pudo. Un ahogado alarido salió de su agitado pecho, y bañado en copiosísimo sudor, despertó como si volviera de un accidente.

— ¿ Qué es esto ? — murmuró incorporándose en su cama. — Un sueño..... nada mas que un sueño. He visto á mi madre... he tenido á Enriqueta entre mis brazos ; pero todo han sido fantásticas ilusiones. Son ya las siete — añadió mirando al reloj.

Dos horas después, que pasaron muy lentamente para el enamorado joven, dirigíase á la habitacion de la *Bruja*, ansioso por recibir noticias de Enriqueta.





CAPITULO XI.

EL LAZO.

Tras tí me llevas del amor vencido,
Y no de tus agravios persuadido.
JAUREGUI.

Ya me había figurado que madrugaría usted hoy—dijo la *Bruja* al ver entrar en su habitación á don Eduardo una hora antes de lo que tenía de costumbre.

—No es extraño—respondió el duquecito, sentándose en una silla y dejando sobre un cofre su sombrero.—Desde ayer, amiga mía, estoy en la mayor ansiedad. Anoche tenía ya vehementes deseos de ver á usted, y aun-que sé que no acostumbra á estar sin testigos á semejantes horas, acaso no hubiera podido contener mi impaciencia, si padre no me hubiera tenido en conversacion hasta que se fué al palacio de la marquesa de Verde-Rama.

—¿Y no le acompañó usted?

— Nada tengo yo que hacer en la tertulia de la marquesa.

— ¿Tan poco le interesa á usted la hermosa jóven con quien ha de casarse? — preguntó sonriéndose la *Bruja*.

— Veo que se chancea usted, y me alegro.

— ¡Que me chanceo! ¿Pues no es su novia de usted la marquesita?

— Así lo desea mi padre; pero usted sabe que otra beldad ha cautivado mi corazón, y al hablarme de quien me es de todo punto indiferente, creo que se huelga en dirigirme una chanza que me hace concebir halagüeñas esperanzas.

— ¿De veras?

— La veo á usted de buen humor, y esto prueba que tiene muy buenas noticias que darme de Enriqueta, que es la única jóven que me interesa en el mundo.

— ¿Tan enamorado está usted?

— ¿Y usted lo estraña? Usted que conoce las virtudes de esta candorosa niña...

— Lo estraño, porque una pasión tan fogosa como la que le avasalla á usted... por una pobre muchacha... confiese usted, amiguito mio, que es cosa maravillosa en los tiempos que alcanzamos... es un fenómeno...

— ¡Que es un fenómeno amar!

— Ese amor sublime y desinteresado de que hace usted alarde, no se vé ya mas que en las novelas.

— ¿Y qué me importa á mí que llegue la desmoralizacion de la sociedad hasta el punto de renunciar á la mas noble y dulce de las emociones del alma, mientras no participe Enriqueta de esa fria indiferencia que convierte á los demás en insensibles idiotas?

— Es usted muy inocente, don Eduardo.

— Dejemos esa cuestion... Nada me interesan á mí los vicios de que adolece una sociedad egoista, mientras Enriqueta corresponda á mi amor. No he venido aquí para hablar de los vicios agenos, sino para que me dé usted noticias del ídolo de mi corazón. ¡Pobre Enriqueta! ¡Cuánto habrá padecido! ¡Ella... tan bondadosa y sensible!.... Ella que tanto sufre á la sola idea del ageno infortunio, ¿podrá resistir la cruel tortura de su propia desgracia? Por el dolor que yo siento en su ausencia, calculo el exceso de sus acerbos pesares. De su hermoso rostro habrá sin duda desaparecido el sonrosado ma-